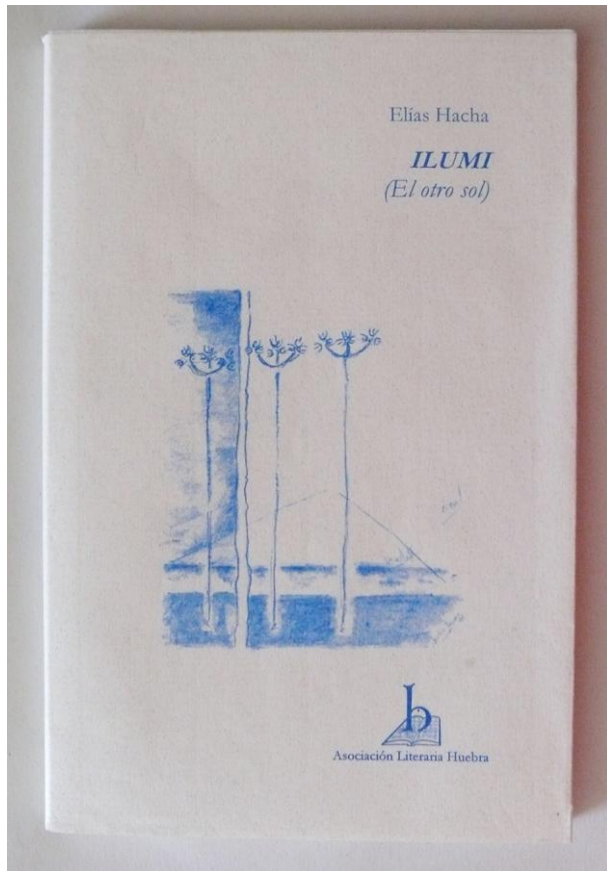


## PRELUDIOS DEL VIENTO

Elías Hacha

De la novela *Ilumi (El otro sol)*, “La biblioteca de la Huebra”, 2001.



Cualquiera lo puede ver: más allá de las montañas verdes, están siempre las montañas azules. Y cualquiera puede ver que el color verde de las montañas verdes, lo vemos; pero el color azul de las montañas azules, aunque creemos verlo, en realidad lo soñamos.

En las montañas azules, los pinos y las encinas también son verdes. Verdes los olivos, verdes las jaras, verdes los jaguarzos, las torviscas, las madroñeras, el romero. Es verdad que, en primavera, las jaras y los jaguarzos se vuelven blancos; las aulagas, amarillas; violeta el tomillo; el brezo, moteado de rosado... sin embargo, no hay nada azul en las montañas azules. Son

semejantes en todo a las montañas verdes, así que son azules sólo porque están más allá.

Aunque a simple vista no se distingue, los que entienden de sierras saben que cada montaña verde, cada pequeño cerrillo incluso, tiene una réplica exacta a lo lejos, una réplica azul que es como una hermana en la distancia.

No todas las montañas verdes conocen a su gemela azul. Y entre las que sí la conocen, no todas han tenido la suerte de enganchar con ella. Para poder enganchar es preciso que al menos una semilla, una diminuta pelusa voladora nacida en su gemela, se les pose en el lugar justo, y germine, y crezca como planta con todos sus secretos azules, sobre todo con una extraña e invisible chispa celeste que las montañas de más allá filtran, a través de las raíces, en todas las plantas que en ellas brotan.

Los que entienden de sierras pueden distinguir estas plantas con sólo echarles un vistazo, y saben que aquellas montañas verdes que han logrado sacar adelante alguna semilla llegada desde su gemela transmiten una alegría especial, como si conocieran que ya nunca volverán a sentirse solas. Y hay algunas montañas verdes tan afortunadas, que llevan enganchadas tanto tiempo, que ya no se puede distinguir entre sus plantas y esas otras de chispa azul, y que, desde lejos, se perciben como una mancha verdeazulada entre las demás montañas verdes, como si estuviesen un poco más allá de lo que realmente sabemos que están.

Muy pocas montañas llegarían a enganchar si no fuera por el viento. Pero no todos los vientos son iguales.

No se trata de velocidad -que si brisa, ventolera, vendaval o huracán-; tampoco de dirección -que si levante, que si del norte, que si del charco-; ni siquiera de la humedad -que si viene mojado, que si irrita los ojos, que si seca las manos-. Se trata de otra cosa. Se trata de la intención del viento.

Hay vientos con buena intención que se pasan la vida juntando nubes para regar los campos. A veces lo consiguen, a veces no. A veces, sin conocer su fuerza, se exceden en su trabajo y provocan inundaciones o siguen haciendo llover fuera de temporada, cuando el agua ya daña más que ayuda.

Hay otros verdaderamente malintencionados, fortachones soberbios y abusones; o calenturientos, de los que saben llenar el corazón de los seres vivos de tristeza y desesperanza, de los que mustian las flores antes de tiempo y obligan a ladrar a los perros como si la pobre luna fuese la culpable.

El peor de todos es una brisa muy fina y muy traicionera, que hace crujir de horror a las puertas y a los muebles y que va buscando en las casas los agujeros por donde después se cuele la muerte.

Y hay, sobre todo, vientos mensajeros, vientos que enseñan a volar a los polluelos de los pájaros, que entregan a muchos kilómetros los mensajes de los búhos y de los lobos, que ayudan a que suba la niebla para aclarar la mañana, que arrancan delicadamente las semillas voladoras de las plantas y les van mostrando desde arriba la grandeza de la tierra, hasta que las dejan reposar con cuidado sobre su nuevo destino, donde crecerán hasta producir cada una de ellas un sinnúmero de nuevas semillas voladoras (Es curioso que los hombres pensemos que las semillas sólo sirven para que crezcan nuevas plantas, mientras que los vientos creen que las plantas sólo sirven para que surjan nuevas semillas).

En este justo momento, el viento Leopoldo, un viento bonachón que antes fue brisa marina en la playa de Matalascañas y que se vino a la sierra porque no soportaba el jaleo de los domingueros y de los turistas, planea recogiendo semillas en las montañas azules de Corteconcha.

Las semillas que hoy recoge crecen en matas pequeñas, a ras de suelo, y los vecinos del pueblo les dan el nombre de diablillos: sobre un tallo verde muy oscuro, cubierto de minúsculas espinas, se abre una cabezuela en forma de borla, como una estrella de finísimos rayos blancos, como el madroño del

gorro de un bebé, como una chispa suave de algodón. Cuando el viento sopla sobre las borlas, se van desprendiendo las semillas, los diablillos, que tienen la misma forma de estrella, aunque son más pequeños todavía.

Leopoldo es un experto. Conoce el momento justo para transportar cada tipo de semilla, y la velocidad justa a la que debe soplar para que se desprendan y levanten el vuelo las de una especie determinada y no las de otra.

Hoy es el día en el que debe ser más cuidadoso. Para transportar diablillos tiene que volar lo más bajo posible y soplar con una fuerza mínima. El problema es que, como las matas son tan bajas, muchas veces las plantas que crecen alrededor no lo dejan pasar si no sopla con más fuerza; y si lo hiciera así, seguramente se llevaría por delante las semillas, todavía entre lilas y amarillentas, de muchos cardos borriqueros, marianos, corredores, lecheros, santos, yesqueros, estrellados, cardillos, cardimuelles, cerrajas y recardos que aún conviene que esperen unos días. Así que, precisamente ahora, está usando una técnica difícilísima, la del soplo ondulante, que siempre acaba mareándolo un poco.

Hoy tiene un propósito muy especial. El cerro azul en el que está soplando aún no ha sido enganchado a su gemelo verde, a pesar de que lo ha intentado en las últimas temporadas. Algo ocurre siempre: se le cruza algún viento embriagado por los hinojos del barranco y le desvía los diablillos, o se queda sin fuerzas y tiene que dejarlos en otra montaña -la niebla lo agota mucho-, o a algún colega despistado se le ocurre ponerse a soplar a lo bestia las nubes de por encima y el chaparrón empapa las semillas y las hace demasiado pesadas para seguir volando...



A Leopoldo le da un poco de pena aquel cerro verde al que intenta llegar. Debe de ser importante para los hombres del pueblo, porque en lo alto le han construido una gran cruz blanca, como si fuese el rey del ajedrez. Le da pena porque aún no conoce a su hermano azul y porque, la verdad, los hombres lo han maltratado un poco, arrancándole todas las plantas a lo largo

de dos caminos diferentes que suben desde la base, además de un círculo bastante grande alrededor de la cruz, en todo lo alto. Sin embargo, a él esto no parece importarle, como si la compañía de los seres humanos lo aliviase un poco del anhelo constante por enganchar con su hermano de más allá.

Después de practicar un buen rato el soplido ondulante, Leopoldo ha conseguido levantar unos veinte mil diablillos. Los mantiene levantados a unos quince metros, justo por encima del pinar que cubre toda la umbría del cerro azul. Mientras toma aliento unos segundos, comprueba que el día está despejado y que no suena ningún otro viento por allí cerca. Por último se anima; levantando con ternura su preciosa carga de algodón, asciende sobre la cima y, totalmente concentrado, avanza con decisión hacia el Cerro de la Cruz. Está feliz. Presiente que esta vez sí lo conseguirá.

Tarda una hora larga en recorrer las seis leguas; por suerte, casi no hay incidentes: una bandada de palomas que le entró y que se llevó algunos cientos de diablillos pegados en el plumaje, la falsa alarma de un avión que cruzó estruendoso muy por encima, una brisa despistada que no llegó a acercarse demasiado...

Al llegar junto al cerro, reduce su velocidad y baja con suavidad. Los diablillos revolotean por última vez en el aire antes de clavar en tierra sus lanzas diminutas. Algunos, sin embargo, se han subido sobre un vientecillo novato que dormía en el cerro y que despertó con la llegada de Leopoldo. El vientecillo, asustado, escapa presuroso hacia Corteconcha, que espera abajo blanca, extendida como si se desperezase entre sus dos barrancos, repleta de seres humanos; henchida, sobre todo, de un sonido de chavales que juegan en las plazas, en las calles, en la pista deportiva, en las eras, en los callejones...

